

XILOCA 16
págs. 33-36
1995
ISSN: 0214-1175

SANTIAGO SEBASTIÁN In memoriam

Antonio Saborit*

Resumen.- Desde Méjico a la memoria de Santiago Sebastián para refrendar el valor y la esperanza de su obra científica.

Abstract.- From Mexico, remembering Mr. Santiago Sebastián to Recognised his scientific work.

A mediados de la década de los setenta me empezó a perseguir uno de los más hermosos y certeros aforismos de Elias Canetti –mucho antes, se comprenderá, que me imaginara a mí mismo sumido cabalmente en los trabajos e imaginaciones de la historia y cuando leer a Canetti en México era uno de los extraños privilegios y primicias mundiales que a veces llegan a ofrecer nuestros suplementos culturales a sus lectores. “Es imposible apartarse de la vida, cuyo valor y esperanza nos colma”, escribió Canetti, en la afortunada traducción directa de José María Pérez Gay; “pero es también imposible no vivir de la muerte de otras criaturas, cuyo valor y esperanza no son menos valiosas que las nuestras”. Y estamos aquí en honor a la memoria de Santiago Sebastián, para refrendar el valor y la esperanza de su obra.

Conocí a Santiago Sebastián en abril de 1991, en el marco de un congreso internacional que los trabajos de algunos de ustedes volvieron en cierto modo memorable. Me refiero al congreso sobre *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, auspiciado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y por la Universidad Iberoamericana, y promovido desde su origen por dos jóvenes historia-

* Director de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

dores, Clara García- Ayluardo y Eduardo Ramos Medina, convencidos entonces de la necesidad de juntar a las mentes más brillantes de su generación en una reunión de su especialidad: la historia cultural, la historia de la religión, la historia del arte.

Destaco dos momentos inolvidables en ese congreso: la atención y el entusiasmo con los que David Brading siguió el desarrollo de las numerosas mesas, sus gentiles sugerencias disfrazadas como preguntas oportunas; y también la cátedra de Santiago Sebastián. Con extraordinaria rapidez y precisión, el autor habló en su turno sobre una adaptación americana de un horóscopo europeo, con frialdad y entusiasmo nos mostró las imágenes del modelo y de su plagio, y llevó nuestros sentidos al punto de vista indispensable para apreciar las resonancias culturales de ese hecho plástico. Me llamó la atención la sencillez y claridad de sus informadas exposiciones y no creo exagerar si digo que hasta hoy no he conocido un erudito más cálido y hospitalario que Santiago Sebastián. Tres años después, en febrero de 1994, Santiago Sebastián nos honra con su presencia y sabiduría en la Dirección de Estudios Históricos. Unos meses antes había salido de las prensas su libro sobre la *Iconografía del indio americano*, pero antes que hablar de este libro más bien se interesó en escuchar los motivos que a mí me habían llevado a leer a Francis Yates. El desde luego conocía de idea y vuelta la obra de esta historiadora del Instituto Warburg. Hombre de muchísimos libros, a fin de cuentas; lector infatigable y agudo de cuanto concierne al ámbito de lo impreso para la lectura, la contemplación y el deleite públicos. ¿Qué le podía decir de Yates? Traté de decirle la verdad. En los libros y ensayos de Yates encontré la vida compleja de siglos para mí de gran interés —siglos cuya obra ha adelgazado menos el paso del tiempo que la soberbia y arrogancia del presente, ciego a nada que no sea desechable. Ahora podría decir lo mismo de Santiago Sebastián. Su amplia obra enriquece nuestras vidas al permitirnos apreciar y entender el pasado, pero sobre todo al insistir en la obligación que tenemos de construir un presente atento, no ciego, vital, no acartonado, lúcido, no dogmático.

En efecto, es imposible apartarse de la vida, cuyo valor y esperanza nos colman, como decía Canetti; pero estar en ella nos compromete, entre otras cosas, a honrar lo que tienen de valioso la vida y la obra de quienes han hecho tanto por mejorar la vida del presente y asegurar el porvenir del pasado, como Santiago Sebastián.